

Además, para comprender el hombre hasta dónde puede llegar la inteligencia de los animales, es menester que, como yo, haya sido testigo de la calma y sangre fría de los elefantes mansos encargados de arrollar y contener, por en medio de los bosques y barrancos, arroyos y torrentes desbordados, el bando fugitivo, á fin de contenerlo dentro de la línea prescrita, y de los astutos cálculos de las hembras, las cuales, después de haber desempeñado su papel y agrupado delante de las paredes del kraal todas las víctimas de sus manejos, dan de repente media vuelta, y van á robustecer el círculo de sus camaradas, los cuales, á trompazos de frente y de flanco obligan á los pobres salvajes á entrar en la cárcel hasta que no queda fuera ni uno de ellos.

Habiendo partido de Ajuthia el 19 de octubre de 1860 en la misma embarcación en que había llegado allí, me hallaba el 20 en Tharua-Tristard, donde tuve que quedarme al raso á la entrada de la ciudad por ser una hora demasiado avanzada de la noche; pero por la mañana temprano desembarqué delante de la casa de Khun-Pakdy, el complaciente jefe subalterno que dos años atrás me había acompañado á Phrabat. No se sorprendió poco el buen hombre al verme salir de la barca. Apenas daba crédito á sus ojos, pues había oído decir que había muerto en Muang-Kabin. Renovamos nuestra antigua intimidad, y ví con gusto que su amistad, acabada de exaltar con un vaso de aguardiente, había resistido á la acción del tiempo. ¡Pobre Khun-Pakdy! si yo llego á ser rey de Siam (lo que Dios no quiera), te nombraré príncipe de Phrabat, y hasta te cederé mi puesto.

Apenas me hubo percibido, dió inmediatamente la orden de que se me preparase almuerzo, y después, no bien supo que me dirigía á Korat, recordó que me había prometido acompañarme allí si le armaba con un fusil. «Aunque no valiese más que tres ticales, me dijo, me bastaría;» pero no viéndome entonces más que escopetas de piston, exclamó: «No me habeis traído ningún fusil, pero no importa, no por eso dejaré de acompañaros. ¡Viva Korat! Allí no nos moriremos de hambre, como estuvimos espuestos á morir en Phrabat; allí cien huevos cuestan un fuang, y un cerdo dos ticales.» Solo cuando le hube dicho que yo no me detendría probablemente en Korat sino muy poco tiempo, y que iría más lejos, á lugares donde tendría probablemente que hacer de tripas corazón, y que no sufriría que por amistad se espusiese á perder su obesidad de mandarín, conseguí poner freno á su entusiasta adhesión; pero al cabo cuando oyó que con frecuencia nos veríamos obligados á dormir en descubierto en medio de los bosques, dió otro giro á la conversacion.

Después de almorzar mandé coger inmediatamente

los remos para librarme de las caricias demasiado expresivas y de los elogios demasiado estrepitosos con que seguía gratificándome Khun-Pakdy.

En este momento la encantadora cordillera que se estiende hasta aquí desde Nophabury y que por la parte del Norte debe depender de los de Birmania y destacarse por el Este de los montes de Deng que cortan y surcan la península, se me aparece á una distancia de unas 15 millas y despierta en mí una multitud de plácidos recuerdos. Creo decididamente que la buena estación ha llegado: el aire es puro, el cielo sereno, y el sol brilla todos los días casi constantemente.

*Saohaia 22 de octubre.*—No he llegado aun á Pakprian, y empiezo ya á encontrar y sufrir esas pequeñas contrariedades inevitables en un país como este, inundado una parte del año, y donde faltan los medios de comunicacion, sobre todo para el que lleva mucho equipaje consigo. Há dos días que estoy aquí alojado en la barca de un chino que desde un principio temió darme asilo en su cabaña, y me puedo considerar dichoso teniendo un rincón donde acostarme, pues lo más fácil era que hasta de un cuchitril careciese. Ayer fuí á visitar al gobernador, que reside en una vieja casucha de una suciedad repugnante, á 2 millas más abajo del sitio donde he desembarcado. De toda la capital de la provincia de Saraburi, este establecimiento, con algunas chozas de labradores, es todo lo que he notado; no tiene ni un bazar, ni tiendas flotantes; de cuando en cuando, algunos comerciantes van allí á vender ó cambiar sal y algunos otros objetos de primera necesidad, y algunos chinos traficantes tienen pequeños depósitos de langutis, de arack, de telas y vestidos siameses, que cambian por pieles, astas y arroz, subiendo río arriba á veces hasta Petchabury.

La corriente es tan fuerte, que en un cuarto de hora nos trasportamos á la residencia del gobernador, á quien conocía ya por haberle visto en mi primer viaje, y haberle hecho un regalo á la vuelta por lo que me había prometido que si volvía á Korat y tuviera necesidad de una centena de hombres, me los proporcionaría. Le anuncié mi intención de ir á Khao-Khoc, sitio escogido hace dos años por los reyes de Siam, donde piensan refugiarse, si alguna vez los europeos, que les fatigan con su ruidosa actividad, se apoderaran de su capital; lo que hablando ingenuamente, sería cosa muy fácil, bastando al efecto un puñado de nuestros cazadores zuavos ó turcos habituados al sol de Africa.

El funcionario siamés me recibió tanto mejor cuanto que nada tenía que pedirle, habiendo ya contratado una barca que dentro de pocos días regresé á Khao-Khoc con su propietario. He tenido intención de trasladarme á Patawi; pero en la estación presente

los caminos para ir allí son de tal manera impracticables, que he tenido que abandonar esta idea. Muechísimos habitantes de esta provincia son oriundos del Laos y son generalmente antiguos cautivos procedentes de Vien-Chang después de la sublevación de aquella provincia. Las provincias de Boatoume y de Petchabury están pobladas de siameses, pues el Laos propiamente dicho no empieza hasta M'Lom. Todas, lo mismo que las que confinan al Este y al Norte están gobernadas por mandarines siameses, de un grado más ó menos superior, habiendo entre ellos algunos que hasta tienen derecho de vida y muerte, en cuyo caso son considerados como vireyes. Las provincias más lejanas, aunque simplemente tributarias, dependen y forman parte integrante del reino de Siam.

La provincia de Petchabury es principalmente célebre por su tabaco, considerado como el mejor de Siam, y se comercia con Bangkok á pesar de la suma dificultad de las comunicaciones, pues en la época de las grandes inundaciones, cuando pueden llegar allí buques de algún calado, necesitan un mes de penosísima lucha contra una corriente que tiene la fuerza de un torrente para alcanzar el centro de producción. En la estación de la sequía no pueden hacer este viaje más que buques de muy poco tamaño, porque á intervalos frecuentes hay necesidad de llevarlos arrastrando por la arena ó de trasportarlos al otro lado de las rocas que forman en varios puntos arrecifes que obstruían la navegación. El comercio se halla en gran parte en manos de los siameses de Petchabury, que llegan á Pakprian á lo último de la estación de las lluvias para cambiar el tabaco con nueces de arack ú otros objetos.

Los cantones del Norte de la provincia de Saraburi están casi desiertos, al paso que la parte del Sur, bastante bien cultivada es muy rica en arroz, el cual, aunque algo inferior en calidad al de Petchabury, es considerado como uno de los mejores del país. Es un objeto de continuas y permanentes transacciones con Bangkok. En cuanto á la población, que se halla muy claramente diseminada por las márgenes del río, no se puede apreciar sino difícilmente, lo mismo que la de todas las demás partes del país.

Saohaie es el punto de partida de las caravanas que se trasladan á Korat. Otro camino conduce también de Bangkok á la antigua ciudad de Cambodge, pero apenas lo frecuentan más que los laotianos de la localidad.

Acabo de verme interrumpido por la inesperada visita del gobernador, el cual, de paso que iba á hacer una ofrenda de frutos en dulce á los bonzos de su pagoda, se ha detenido en mi cuchitril cerca de una hora. Ha venido en una de esas elegantes é inmensas pirogas, que tienen más de 30 metros de longitud y que llevan en su centro un pabellón magnífico. Yo

hubiera dado por ella su castillo fortificado con todas sus dependencias. El gobernador ha hecho llamar al propietario de la barca que ha de llevarme á Khao-Khoc, y le ha dado algunas instrucciones para el jefe de aquel punto, añadiendo: «No entrego carta alguna porque M. Mouhot no tiene necesidad de ella, pues hace dos años que supo granjearse aquí nuestro respeto, y allí sucederá lo mismo.» No pude escusarme de hacerle algún regalillo por ese servicio que probablemente no me servirá de nada, y le ofrecí un par de anteojos montados en concha, un frasco de esencia, una botella de aguardiente y otra de agua sedativa que á instancias suyas le preparé para proporcionarle algún remedio soberano contra sus dolores reumáticos. ¡Dichoso Raspaill, cuyo sistema va á aliviar los padecimientos humanos hasta en el fondo de las provincias más remotas de Asia! En cambio el mandarín me prometió regalarme un poney cuando partiese para Korat y otras diferentes cosas que me dijo eran muy útiles, pero tuvo la humorada de olvidar su promesa, porque aquí en un rico es costumbre aceptarlo todo hasta de los pobres, pero no dar nada. Por lo demás, ¿de qué vivirían esos mandarines, si no fuesen las concusiones suyas y la generosidad de sus administrados? Con solos sus honorarios, cuando los tienen, estarían condenados á una falta de carnes que causarían su desesperación haciéndoles pasar por hombres ineptos.

Los infelices perciben solo una vez al año su asignación, cuya tarifa es la siguiente:

Los príncipes y los ministros tienen anualmente derecho á 20 libras siamesas de plata, equivalentes á 7,000 francos.

Los mandarines de primera, segunda y tercera clase, á una suma que varía entre 3,600 á 500 francos.

Los de cuarta y quinta clase tienen un sueldo que baja de 360 á 180 francos. Los empleados inferiores no reciben más que 120 francos, y algunos solo 50, y por último los soldados, los satélites, los médicos, los trabajadores, etc., cobran á razón de 30 á 36 francos, es decir, ni más ni menos que lo que el fisco exige de contribución al siamés más insignificante. La distribución de tan magníficos salarios se hace á fines de noviembre por la misma mano del rey, lo que es también ocasión de una representación y un ceremonial que no duran menos de doce días.

## XXV.

Viaje á Khao-Khoc.—Travesía de la *Dong Phya Phayé*, ó bosque del rey del fuego.—El mandarín y el elefante blanco.—Observaciones de moralista, naturalista y cazador.

Desde ayer me hallo en marcha para Khao-Khoc en la barca de un traficante chino, que es muy buen

sugeto, y tiene además para mí la buena circunstancia de no embriagarse ni con ópio ni con samchou. Se propone subir hasta Boatioume; pero es tan fuerte la corriente, que no creo pueda pasar de Khao-Khoc, pues no obstante sus cuatro remeros, y el auxilio de dos hombres que me quedan (he tenido que despedir á mi laotiano, que se cansaba demasiado remando, y prefería fumar y dormir), á cada recodo del río estamos espuestos á ser arrastrados hácia los arrecifes formados por rocas que en la estación seca quedan á descubierto.

Tres días hace que ha variado el tiempo que yo

creía sentado; todas las tardes, de cuatro á cinco, tenemos un aguacero. Anoche me sentí acometido de un dolor de cabeza mas violento que cuantos he tenido desde que recorro el país, y he llegado á creer que me habia dado la calentura que tan temida es durante la estación de las lluvias en las inmediaciones de la terrible *Dong Phya Phaié*; pero procedía del mucho sol que cogí durante el día, y se ha disipado despues de una noche pasada al fresco dentro de la barca, por lo que me siento ahora, como de costumbre, dispuesto á todo.

Se me hace esperar mañana hasta el placer de ver



Elefantes salvajes conducidos al kraal de Ajuthia durante la inundacion.

Khao-Khoc. Hasta cierto punto no lo siento, porque nuestra barquichuela está tan atestada de equipaje y de hombres, que sufro en ella la tortura de un verdadero emparedamiento, obligado como me veo á guardar las mas penosas posiciones. Los doce días que llevo ya de lenta navegacion me han fatigado cruelmente.

Además, el aire que aquí se respira es húmedo, insalubre y de una pesadez suma; interiormente se tiene frio, se sienten calofrios, se tiritan, al paso que la cabeza arde y el cuerpo se inunda de sudor.

Despues de cuatro jornadas de una fatiga escesiva, ayer tarde entrábamos en una garganta abierta por el río, el cual ni aun en esta época tiene mas de 90 metros de anchura, cuando sobrevino de repente una lluvia tempestuosa que nos obligó á detenernos y á buscar un abrigo debajo de nuestro techo de hojas.

La lluvia duró toda la noche, y ésta fue horrible para mis pobres hombres que habiéndome cedido la proa se hallaban como prensados en el interior, y se

desesperaban al ver que despues de tantas fatigas no podian conciliar el sueño por impedirselo el calor que los sofocaba y las legiones inmensas de mosquitos.

A punta de día, despues de haber remado un poco y pasado un nuevo recodo del río, nos hallamos delante de Khao-Khoc. En mi pobre concepto, los reyes de Siam no anduvieron muy acertados escogiendo Khao-Khoc para hacer de ella una plaza fuerte con intencion de retirarse á ella si alguna vez, estando por los blancos invadido el Sur se viesen obligados á abandonar Bangkok á su ambicion insaciable. ¡Errado cálculo del miedo! La posesion de Bangkok acarrearía la de todo el Delta, y nadie pensaría en Khao-Khoc para ir á molestar en semejantes soledades á los monarcas fugitivos.

A 2 ó 3 millas debajo de Khao-Khoc, ví una especie de desembarcadero y una habitacion de mediana apariencia que lleva el pretencioso nombre de palacio, á pesar de no estar compuesto mas que de hojas y de bambúes. Es *Prabat-Moi*. En cuanto á Khao-



Vista del valle de Khao-Khoc.

Khoc, si bien hace tres años que el rey lo visita con alguna frecuencia en la buena estacion, no solo no tiene desembarcaderos, sino que ni aun una mala escalera abierta en la tierra para facilitar la traslacion á la orilla, que es alta y escarpada.

Apenas hube llegado puse pie en tierra y me dispuse á escoger una habitacion entre las muchas vacantes de los mandarines que me habian dicho se hallaban en las márgenes del rio; pero en vano con mis hombres penetré en bosques y malezas, hundiéndome hasta las rodillas en una tierra anegada y fangosa; me fue imposible descubrir mas que seis ó siete baracas de laotianos que forman el núcleo de la poblacion de la ciudadela futura, agricultores pacíficos y hospitalarios que se afligirian y espantarian no poco si algun dia llegasen á sus oidos rumores de guerra, si viesen brillar á lo lejos bayonetas europeas ú oyesen el estampido de los cañones rayados. En cuanto á las habitaciones reales, no pude llegar á ellas. Todo el espacio, mas allá de una zona de 50 pasos comprendida entre la montaña y las orillas del rio, no es mas que un pantano, y todos los estrechos senderos están obstruidos por maleza y altas yerbas que han tenido tiempo de crecer en los siete ú ocho meses que han trascurrido desde la última visita del rey.

No hallando una sola choza en que alojarnos, tuvimos que cortar bambúes para construir una, lo que hicimos muy pronto, porque se unieron á nosotros varios hombres del lugarejo, y nos hemos establecido en una cabaña abierta á todos los vientos.

En el intervalo he sabido que acababa de ser cogido en el Laos un elefante blanco y que se hallaba en camino para Bangkok bajo la vigilancia de un mandarín.

Esta gran noticia ha sido traída aquí por un mensajero, encargado por el virey de Korat de hacer preparar la via y las paredes para al animal sagrado. Hallándome en casa del primer magistrado de Khao-Khoc en el momento de llegar dicho mensajero, he anotado en mi diario los principales pormenores de la entrevista y del diálogo á que esta dió origen, con la esperanza de escitar algo la curiosidad de mis lectores si algunos tengo.

La escena pasa en el pretorio de la localidad que es como si en Francia dijéramos el *palacio de la prefectura*. El tal pretorio no se diferencia mucho de la mayor parte de las chozas cambodgianas cuyo dibujo he acompañado, en cuya construccion completa, estacas, maderaje, tabiques, pisos y techumbre, incluso el grande y pequeño mobiliario, no entran mas materiales que los que puede suministrar un pie de *gramínea*, aunque es verdad que es gigantesca, una mazorca de bambúes.

En el vacilante suelo de aquella especie de caja, el mandarín, con las piernas cruzadas á guisa de un

sastre, ocupa un estrado de 10 á 15 pulgadas de altura, y en ademan grave da vueltas dentro de su boca á algunas pulgaradas de betel. Delante de él, prosternado, ó por mejor decir echado, el mensajero, funcionario del órden de los *nai-mouets* ó agentes de policia, hace su relacion, mientras que en los peldaños de la escalera que da acceso á la sala de audiencia indiscretas gallinas se paran y cacarean, y algunos marranos, de espacioso abdomen, se arrastran y gruñen en el fango cargado de inmundicias de la pocilga de aquella morada oficial.

Recitado y oido el mensaje, el mandarín se levanta con trasportes de entusiasmo, deja su taza, y exclama: «¡Feliz acontecimiento! ¿Te has visto tú, Nai-Mouet, favorecido por la vista del santo elefante?»

EL MENSAJERO.—No, ilustre señor, yo no le conozco sino por la proclama del augusto Chao-Phaja del Korat, cuyas órdenes recibo. El augusto Chao-Phaja se ha trasladado á Pimaie para cerciorarse por sus propios ojos de que la cosa era tal como le anunciaba el rey de Louang-Prabang, y á su vuelta ha declarado haber reconocido un elefante macho, de noble raza, marcado con todos los signos de la divinidad.

EL MANDARIN.—¡Bien, muy bien! ¿Es decir que su color puede compararse al color de una marmita de tierra nueva?

EL MENSAJERO.—Así es, ilustre señor, y yo recibo vuestras órdenes.

EL MANDARIN.—¡Perfectamente! ¿Y qué alzada tiene?

EL MENSAJERO.—Ilustre señor, tiene á lo menos cuatro codos de alto.

EL MANDARIN.—¡Muy bien! ¿Y es jóven aun? ¿Tiene buena presencia?

EL MENSAJERO.—Es magestuoso, ilustre señor, y recibo vuestras órdenes.

EL MANDARIN.—¿Y cuándo debe llegar aquí?

EL MENSAJERO.—Ilustre señor, si yo, insignificante como soy, puedo manifestar mi opinion acerca del particular, diré que estará aquí á mitad de la próxima luna.

EL MANDARIN.—¡Bien! ¡muy bien! todo estará dispuesto para recibirle.»

Y mientras el Nai-Mouet se desliza á reclusa hácia la escalera para ir á llevar á otra parte la buena nueva al ilustre señor de los 60 ticales de sueldo anual (180 francos), á quien acaba de trasmitirla, se restriega las manos una contra otra con insólito vigor y exclama en un tono de animacion siempre creciente:

«¡Feliz acontecimiento! ¡Feliz acontecimiento!»

El digno magistrado no pudo ocultarme mucho tiempo que lo que mas le admiraba en el acontecimiento, lo que tan alegre le ponía era la facultad que

la reparacion de los caminos le daba de imponer contribuciones á sus administrados. Me confesó humildemente, riendo con un ojo y llorando con otro, que él impondría una contribucion mucho mayor que la que requería el caso, y que todos los que quisieran librarse de ella le encontrarían dispuesto á transigir con ellos por el módico precio de 16 ticales por cabeza, y que esta pequeña negociacion llegada á buen término le pondría en su vejez á cubierto de la indigencia.

«Eso es, añadió al concluir, lo que mis salvajes, grandes y pequeños, llaman proverbialmente *tham na bon lina-phrai* (segar en la espalda del pueblo). ¿No teneis vosotros, venerable extranjero, alguna expresion equivalente en las lenguas europeas?»

Los habitantes de la aldea, que serian entre todos unos cincuenta, han venido á presentarme sus hijos y á pedirme remedios, los unos contra la fiebre, otros contra la disenteria ó los reumatismos, etc. No he oido decir que haya aquí leprosos como en Khao-Tehiulau, pero las criaturas repugnan por lo inmundas, pues se hallan literalmente cubiertas de una capa de mugre que las hace parecer negras, y la mayor parte están con el frio de la calentura en un valle formado por un anfiteatro de montañas que proceden de la cordillera de Nophabury y de Phrabat que rodeando la hoya del Menam, se eslabona con las montañas de la península y de la Birmania. El monte Khoc se estiende á 1 kilómetro de la orilla izquierda del rio, alrededor de un espacio semicircular y despues se adhiere á las montañas que corren al Este hácia Korat y al Nordeste hácia el M'Lom y el Thibet. Delante del monte Khoc se levantan otros en pendiente quebrada, partiendo de la margen derecha, que dominan un instante, para prolongarse al Este, donde se reunen á otras cordilleras. En aquel estrecho valle y á las orillas del rio está situada la choza que yo habito. El estado sanitario de toda la comarca es espantoso; sin embargo, como es montañoso todo el pais, ofrece panoramas admirables.

Las lluvias, que van siendo cada dia mas raras y que han cesado ya completamente en el Norte han hecho bajar mas de 20 pies el lecho del rio. Se me ha dicho que en Boatioume es el rio tan estrecho, que las ramas de los árboles de una orilla se cruzan con las de los árboles de la otra y forman una bóveda encima de la cabeza de los viajeros. Estas montañas, compuestas de calizo, están cubiertas de una poderosa vegetacion, pero muestran en todas partes los vestigios del agua que los cubria en una época geológicamente reciente. Desde su cúspide se puede el observador representar los límites que el mar tenia entonces, reconociéndose á la primera ojeada que invadía la llanura que se despliega al Sur, y que todas las lomas formaban cabos, golfos ó islas. He encontrado á poca

distancia de su base, debajo de una capa de húmus, bancos de coral fósil y conchas marinas en muy buen estado de conservacion (1).

(1) «... Cuando estaba en *Ajuthia*, habiendo tenido ocasion de practicar escavaciones para buscar los vasos sagrados que se enterraron en 1769, en la época de la invasion de los birmanes, observé, en todos los puntos en que hice cavar, que á la profundidad de unos tres metros, se encontraba una capa de césped negro que tenia de grueso un pie, en la cual se habia formado cierta cantidad de hermosos cristales transparentes de sulfato de sal. (Digamos de paso que los siameses recogen dichos cristales, los calcinan, y obtienen un polvo sumamente fino y muy blanco con que los comediantes de ambos sexos se frotan los brazos y la cara.) En aquella capa de turba se encontraron además troncos y ramas de árbol, cuya madera es roja, pero tan frágil, que se rompe sin ningun esfuerzo, de lo que deduzco que aquel era el nivel primitivo del terreno, que se habrá elevado poco á poco por el sedimento que depositan allí las aguas todos los años en la época de la inundacion, é igualmente por el detritus de las hojas y de las plantas.

»Se dice en los Anales de Siam que bajo el reinado de *Phra-Ruang* (hácia el año 650 de nuestra era) los juncos chinos podian subir el *Me-Nam* hasta Sangkhalok, que se halla actualmente á mas de ciento veinte leguas del mar, lo que hace suponer que la llanura de Siam ha espertimentado en mil doscientos años un trastorno considerable, puesto que en la actualidad los juncos no pasan de *Juthia*, que solo dista del mar treinta leguas.

»Abriendo conchas, se han encontrado en varios puntos juncos sepultados en la tierra á cuatro ó cinco metros de profundidad. Varias personas me han referido que cuando el rey mandó abrir los pozos para los peregrinos, en el camino de *Phra-Bat*, á una profundidad de ocho metros, se encontró un grueso cable de ánora formado de junquillos.

»A la estremidad Norte de Bangkok, á once leguas del mar, ví algunos chinos que ahondaban un estanque y no sacaban del fondo mas que pedazos de marisco, lo que me confirmó en la opinion de que aquella llanura habia sido mar en otro tiempo. Queriendo, pues; resolver la cuestión de manera que no quedase duda alguna, hice abrir en el terreno de nuestra iglesia en Bangkok un pozo de veinte y cuatro pies de profundidad; el agua que se acumulaba en el fondo era mas salada que la del mar, y el fango blando que se estraía del fondo estaba mezclado con varias especies de conchas mariscas, entre las cuales habia muchas muy bien conservadas; pero lo que bastó para disipar todas las dudas fue una pata de langosta de mar ó de cangrejo sin contar las concreciones petrosas á que se adherian hermosísimos mariscos.

»El mar se ha retirado y se retira aun todos los dias, pues en mi viaje por la costa, mi viejo piloto me enseñó un árbol corpulento que se hallaba á un kilómetro del agua, diciéndome: «¿Veis allí bajo aquel árbol? Cuando yo era jóven, amarraba á él mi barca, y hoy está tan lejos.»

»Hé aquí la causa des este crecimiento tan rápido de la tierra en la costa del mar. Durante tres meses del año, cuatro grandes rios acarrear al mar una cantidad incalculable de limo, y este limo no se mezcla con el agua salada, segun he podido convencerme por mis propios ojos, sino que es agitado y repelido por el flujo y reflujo á las orillas donde se precipita poco á poco, y apenas se ha elevado al nivel del agua, crecen en él plantas y árboles vigorosos que le consolidan con sus numerosas raíces. Motivos tengo para creer que la llanura de Siam ha aumentado veinte y cinco leguas en anchura y sesenta en longitud, lo que hace una estension de quince leguas cuadradas.